

Humildad Pero No Humillación

(Ante la grandeza de Dios Homilía para Quinto Domingo, Año C)

Tema básico: Ante Dios, el hombre se duerme; se despierta, tiembla y reconoce quien realmente es.

Muchos de ustedes saben que durante el mes de enero pasé unas semanas en el Perú. Mientras estaba allá tuve un sueño preocupante. Quizás la causa del sueño fue un viaje en taxi; el taxista anduvo de toda velocidad y casi chocó con otros carros. Pues, soñé que yo morí y cuando llegué a las puertas del cielo, había un taxista delante de mí. San Pedro revisó nuestras vidas y nos dejó entrar. Mostró al taxista su cuarto. Era una habitación lujosa - cama elegante, televisor con pantalla grande y un refrigerador con toda clase de comida y bebida. Después de ver el cuarto del taxista, tenía ganas de ver el mío. Resulta que era un cuarto pequeño con una camilla en el rincón y un foco de cincuenta vatios colgado del techo. Naturalmente pedí una explicación. "Mira," me dijo San Pedro, "cuando tu dabas homilías, la gente se durmió, pero cuando el taxista los llevó en su carro, ellos rezaron!"

Pues, esto es lo que vemos en las lecturas de hoy: tal vez alguien se duerme durante una homilía, pero nada va a dormir ante Dios. Ante Dios el hombre se despierta - y tiembla. El profeta Isaías tiene una visión de Dios rodeado de ángeles poderosos (llamados serafines) que gritan santo, santo, santo. La palabra *santo* significa reverencia y asombro. El mismo profeta exclama, "Ay de mí. Estoy perdido. Soy un hombre de labios impuros, en medio de un pueblo de labios impuros."

Algo semejante sucede a Pedro. Los discípulos habían pescado toda la noche y tenían cansancio, pero Jesús les dijo echar las redes una vez más. Hubo una pesca milagrosa y Pedro se dio cuenta que Jesús no era cualquier persona, sino el Señor. Le dijo, "Apartate de mí, Señor. Soy un pecador."

Ante Dios nadie duerme. Se despierta y se da cuenta de quien realmente es. Somos criaturas y somos pecadores. Hay una leyenda antigua que explica este sentido de humildad ante Dios. La leyenda cuenta de un joven que un día estaba mirando a un crucifijo enorme (como tenemos en nuestro santuario). De repente la mano del crucifijo empieza a mover. Agarra una copa y le da al joven, diciendo, tengo sed. El joven va a un manantial, pero al instante que mete la copa, el manantial se seca. Camina a un valle con un río amplio, pero cuando extiende la copa, el río desaparece. Finalmente, después de cruzar varias montañas, llega al océano. Cuando él se acerca a las olas, el océano retrocede. Triste y desesperado, el joven empieza a llorar. Lloro amargamente y sus lágrimas empiezan la copa. Al final el joven se da cuenta de la sed de Jesús. Esta sediento por nuestra salvación - y el primer paso para ser salvado es reconocer el pecado: Ay de mí, estoy perdido. Apártate de mí, Señor, soy pecador.

La salvación empieza con el arrepentimiento, pero no termina allá. Dios quiere nuestra humildad, pero no la humillación. Cuando Isaías dice, "Soy un hombre de labios impuros en medio de un pueblo de labios impuros," el Señor manda un ángel que agarra un carbón encendido del altar - notense bien, del altar - y lo toca a sus labios para purificarlo. A Pedro le dice, No tengas miedo. Desde ahora vas a ser pescador de hombres.

Jesús tiene un plan para cada uno de nosotros. Primer paso: reconocer quienes somos ante el: criaturas y pecadores. Pero Dios no quiere aplastarnos sino levantarnos. Tal vez San Pablo lo expresa mejor. El admite que es "último de los apóstoles," pero luego dice, "gracias a Dios soy lo que soy. Y su gracia en mi no ha resultado en vano."